

« impuros, tales como ellos se reconocian á sí
 « mismos. Concluyeron de aquí que era preciso
 « hubiese un mediador, por cuya intervencion
 « pudiesen dirigirse á él; pero, no teniendo una
 « revelacion clara de la calidad del mediador
 « que Dios destinaba al mundo, ellos mismos se
 « escogieron mediadores, por medio de los
 « cuales pudiesen dirigirse al Dios supremo; y
 « como creian, por una parte, que el sol, la
 « luna y las estrellas eran la morada de otras
 « tantas inteligencias, que animaban estos cuer-
 « pos celestes y arreglaban sus movimientos;
 « por otra, que estas inteligencias eran seres
 « medios entre el Dios supremo y los hombres,
 « creyeron tambien que no habia otros mas á
 « propósito para servir de mediadores entre ellos
 « y Dios ¹. »

Tal fué el origen del sabeismo. Las intelligen-
 cias celestes que presidian á los astros ², honra-

¹ *Histoire des Juifs*, t. I, p. 593.

² *Earum autem perennes cursus, atque perpetui, cum admirabili incredibilique constantia, declarant in his vim et mentem esse divinam: ut, hæc ipsa qui non sentiat deorum vim habere. is nihil omnino sensurus esse videatur.* (Cic.,

das al principio simplemente como unos ministros de Dios, vinieron á ser luego el objeto de un culto directo é idolátrico ¹. Este culto se extendió poco á poco á todos los espíritus encargados de velar, bien sobre los elementos, bien sobre los destinos de las naciones ², y aun de cada hombre ³, y tambien sobre los animales y sobre las

De natur. Deor., lib. II. c. XXI.)—« Todos los hombres, » dice Platon, « ven el cuerpo del sol, nadie ve su alma, como ni la de algun otro ser animado, sea vivo ó sea muerto: los sentidos corpóreos no pueden percibir este género de substancias, que no pueden concebirse sino por el espíritu. » ἥλιου πάς ἀνθρώπος σάμα μὲν ὁρᾷ. ψυχὴν δὲ οὐδεὶς, κ. τ. λ. (*De legib.*, lib. X. [t. IX. *Oper.* p. 94 y 93. Ed. Bipont.])—« Es un hecho indudable, » dice M. Fourmont, « que la mayor parte de los filósofos antiguos, ya caldeos, ya griegos, nos dieron por animados los astros, y sostuvieron, que los astros que nos alumbran no eran mas que, ó los carros, ó tambien las *naves* de las inteligencias que los conducian. » (*Mémoires de l'Acad. des Inscript.*, tom. XVIII, p. 31.) Véase tambien en el tomo LVI de la misma coleccion, una memoria curiosísima del abate Mignot, en la que hace ver que el culto de los ángeles y de las almas de los muertos forma en todas partes el fondo de la idolatría.

¹ *Mémoires de l'Acad. des Inscript.* t. LXXI. p. 87.

² Se habla en Esquiles del Dios de los Persas, ó de la divinidad particular que los protegía. Περσῶν Σουσιγενῆ Θεόν. *Æsch.*, *In Pers.* escen. V. t. I, p. 200, Edic. Schutz.

³ Este espíritu que nos conduce y guía τὸ ἡγεμονικόν. este de-

producciones inanimadas de la naturaleza. El deseo de los bienes y el temor de los males, llevaron á los hombres á adorar é invocar á los seres que eran sus dispensadores inmediatos ¹. Olvidando al Señor soberano, y no contemplando mas que á los ejecutores de sus órdenes, se posttraron delante de ellos como si fuese en presen-

monio doméstico, δαίμονα ἐνοικόν, como le llama Platon (*In Tim., in symp.*), por su naturaleza, está entre Dios y el hombre.—Menandro da tambien á cada hombre un genio, que se le destina en el momento de su nacimiento para que le conduzca. Ἄπαντι ὁ δαίμων ἀνδρὶ συμπάριστ᾽ αὐτὸς γινόμενος, μυσταγωγὸς τοῦ βίου. (MENAND, *ap Stob. Ecl. Phys.* I, 9).—Todo hombre, rico ú pobre, bueno ú malo, tiene un demonio, dice Teognides,

οὐδεὶς ἀνθρώπων οὔτ' ἔλλιος, οὔτε πενυχρὸς,
οὔτε κακὸς, νόσφιν δαίμονος, οὔτ' ἀγαθὸς.

(THEOG. *Sentent.*, v. 167 y 168. *Gnomici poete graeci*, p. 8, Edic. Brunck.) Véase tambien PLUT. *De tranq. anim. Epict. Arrian.*, *Dissert.* I, 14, y *Le tableau de Gebés* en el principio: οὕτως δαίμων καλεῖται, κ. τ. λ.—Horacio habla de los dioses custodios de Numida, *custodes Numidæ deos*. *Carm.* lib. I. od. 56.

¹ « La experiencia hace ver, que estas divinidades subalternas, que no son mas que los ministros del Dios supremo, se convierten en objeto de la devoción del hombre, porque él las mira como los autores inmediatos de su felicidad. » BEAUSOBRE, *Hist. de Manichée et du manichéisme*, lib. IX, cap. IV, tom. II, pág. 657.

cia de la Divinidad misma, y se esforzaron por todos los medios que les sugirió una imaginacion desarreglada á mitigar su odio, suspender su venganza, ó asegurarse su proteccion.

No se puede dudar que el espíritu malo, Sata-nás y sus ángeles, enemigos eternos del género humano, y cuya existencia atestigua todo el género humano, no hayan empleado su poder funesto en precipitarle á este horroroso desórden ¹. Incitando las pasiones de una criatura ciega y corrompida, embriagándola con deseos horribles, se hicieron adorar de los pueblos, y se vió á todos los crímenes, llamados y traídos del abismo, atravesar el corazon del hombre, y sentarse luego sobre infames altares ². Así por un

¹ *Per hanc ergo religionem (christianam) unam et veram potuit aperiri, deos gentium esse immundissimos demones, sub defunctorum animarum vel creaturarum specie mundanarum deos se putari cupientes, et quasi divinis honoribus eisdem scelestis ac turpibus rebus superbá impuritate lætantes, atque ad verum Deum conversionem humanis animis invidentes.* S. AUG. *De Civitate Dei*, lib. VIII, cap. xxxii.

² *Quarum omnium rerum quia vis erat tanta, ut sine Deo regi non posset, ipsa res deorum nomen obtinuit. Quo ex genere, Cupidinis, et Voluptatis, et Libentinæ Veneris vocar*

progreso espantoso de depravacion, el culto de los espíritus vino á ser casi únicamente el culto del infierno y sus príncipes¹.

Habia además otra especie de idolatría no menos general, á saber, la de los hombres muertos, y algunas veces también vivos, á quienes se tributaban voluntariamente, ó que mandaban se les tributasen los honores divinos. El culto de los muertos debió su origen á la piedad para con los ascendientes², y al reconocimiento para con los

bula consecrata sunt, vitiosarum rerum, neque naturalium... Sed tamen ea ipsa vitia naturam vehementius sæpè pulsant. Utilitatum igitur magnitudine constituti sunt ii dii, qui utilitates quasque gignebant. Atque his quidem nominibus, quæ paulò antè dicta sunt à me, quæ vis sit, in quoque declaratur Deo. CIC. De nat. Deor. lib. II, cap. XXIII.

¹ *Omnes dii gentium dæmonia. (Ps. XCV. 5.)—Quæ immolant gentes, dæmoniis immolant et non Deo. (Ep. I ad Corint. X, 20.) Véase tamb. VOLF. Manichæism. ante Manichæos, secc. II.*

² PLAT., *De Legib.*, tom. IX, lib. XI, pág. 150 y 151. Edic. Biont. — Bajo Tahamur, hijo de Houshung, una enfermedad epidémica habia assolado la Persia, segun el *Zeenut-ul-Tuarikh*, por tan largo tiempo, que los hombres afligidos por la pérdida de la mayor parte de sus parientes y amigos, desearon conservar su memoria por medio de bustos ó retratos que guardaban en sus casas. encontrando en esto alguna especie de consuelo á su penafestas imágenes transmitidas á su posteridad, obtuvieron todaví-

reyes y bienhechores de las naciones¹. Los homenajes que se tributaba á su memoria, fundados en el dogma universal de la inmortalidad del alma, degeneraron muy pronto en supersticion, y al fin en una verdadera idolatría. El orgullo pidió, amenazando, adoradores²; el temor y el deseo los condujeron y postraron en presencia de todos los vicios³.

Bajo una multitud de formas diversas, la idolatría se redujo por tanto al culto de los espíritus esparcidos por todo el universo, y al culto de aquellos hombres que se creia haber sido eleva-

mas veneracion; y, con el tiempo, estos monumentos de ternura y benevolencia, vinieron á ser objetos de adoracion. (*Hist. de Perse, par sir John Malcolm*, tom. I, p. 22.) Véase tambien la relacion del P. Rubruquis, en *Harry's Travels*, vol. I, p. 370.

¹ *Suscepit etiam vita hominum, consuetudoque communis, ut beneficiis excellentes viros et cælum famâ ac voluntate tollerent. Hinc Hercules, hinc Castor et Pollux, hinc Esculapius, hinc Liber etiam. CICER., De nat. Deor., lib. II, c. XXIV.*

² *SEXT. EMPIRIC.*, pág. 352.

³ *Quæ prima (Venus) artem meretriciam instituit, authorque mulieribus in Cypro fuit, uti vulgò corpore quæstum facerent. Quod idcirco imperavit, ne sola præter alias mulieres impudica et virorum appetens videretur. ENNII, Fragm. ab Hyeron. Columna collect. ex Instit. Lactant, lib. I.*

dos, despues de su muerte, á un grado de poder y de perfeccion que les acercaba á los espíritus celestiales¹. Las pruebas de lo que aquí decimos

¹ CICER., *De nat. Deor.*, lib. I, cap. XV. — « Se sabia por la antigua tradicion, que habia espíritus superiores al hombre, ministros del gran Rey en el gobierno del mundo. Con estos espíritus se animó al universo: se les colocó en todas partes, en el cielo, en los astros, en el aire, en las montañas, en las aguas, en los bosques, y hasta en las entrañas de la tierra; y se honró á estos nuevos dioses, segun la extension é importancia del dominio que se les atribuyó. Subordinados unos á otros, se les hacia reconocer por superior á un Genio de primer orden, que unas naciones colocaban en el sol, otras sobre este astro, segun les dictaba su capricho.

« Este sistema condujo insensiblemente al culto de los muertos. Los héroes, los buenos príncipes, los inventores de las artes, los padres de familia distinguidos no se miraban como hombres ordinarios. Se imaginó que algunos espíritus benéficos se habian hecho visibles, vistiéndose de un cuerpo humano, ó bien que los hombres grandes, habiéndose elevado sobre el comun por una virtud mas que humana, su alma habia merecido ser colocada en la clase de los genios divinos, que gobernaban el universo. Por tanto se les honró despues de su muerte, como protectores de aquellos á quienes habian hecho tanto bien durante su vida.

« Pero como los hombres gustan de aquello que hiere sus sentidos, y las almas de los muertos no juzgaban á propósito comunicarse con frecuencia ni á muchas personas. por medio de apariciones, se creyó forzarlas en algun modo á presentarse á la multitud, por medio de estátuas que se les eri-

se ven por todas partes y bastarian para formar gruesos volúmenes; mas, debiendo abreviar, nos limitaremos á echar una ojeada rápida sobre las diversas religiones idolátricas que reinaron, ó que reinan todavía en las diferentes partes del mundo.

Sanconiaton, en un fragmento conservado por Filon de Biblos y citado por Eusebio, marca claramente los dos géneros de idolatría de que acabamos de hablar. « Los mas antiguos bárbaros, los Fenicios especialmente y los Egipcios, de quienes los demas pueblos tomaron los usos y costumbres, pusieron en la clase de los principales dioses, á los hombres que habian descubierto las cosas necesarias á la vida, y á

« gieron, y en las cuales se supuso que los genios venian á habitar voluntariamente, para recibir en ellas los respetos que se las debian. Así es como, por grados, cayeron en los mayores excesos. La idolatría se diversificó segun el carácter particular de cada pueblo, segun su situacion, sus aventuras y su comercio con otras naciones. Es fácil observar que las circunstancias debieron introducir una variedad infinita en los objetos y la forma del culto público. » *Traité historique de la Religion des Perses*, par M. l'abbé Foucher. — *Mémoires de l'Académie des Inscript.*, t. XLII, p. 177—179.

« quienes el género humano debía algun beneficio. De este modo tributaron los honores divinos á aquellos, que creyeron haber sido para ellos autores de muchos bienes. Los Fenicios, empleando en este uso *los templos construidos antes*, y consagrando con el nombre de aquellos bienhechores de los hombres, columnas y estatuas de *madera*, adheridos particularmente á este culto, les dedicaron tambien dias festivos muy célebres. Lo que hay mas notable en esto, es que impusieron los nombres de sus reyes á los elementos de este universo, y á muchos de los seres á quienes atribuian la divinidad. En cuanto á los dioses naturales, no reconocian mas que al sol, la luna, y los demas astros cuyo curso es arreglado, los elementos y demas cosas que tienen con estos alguna afinidad. » Segun el mismo autor, « los primeros

¹ *Barbarorum antiquissimos, Phœnices in primis et Ægyptios, á quibus cæteri deinceps populi morem illum acceperunt, in maximorum deorum loco eos omnes habuisse, qui res ad vitam agendam necessarias invenissent, quique beneficium aliquod in genus humanum contulissent. Eos nimirum, quod sibi plurimorum auctores bonorum esse persuaderent, divinis*

« hombres consagraron tambien las producciones de la tierra, y poniéndolas en la clase de los dioses, les ofrecieron sacrificios y libaciones. » Persuadidos los hombres á que los ministros invisibles del soberano Ser presidian á los árboles, á las plantas, á todo lo que sirve á la conservación de la vida*, adoraron, para

honoribus colere; ac templorum usu, qui jam antè constructa fuerant, hoc ad munus officiumque traducto, columnas in super statuasque ligneas ipsorum nomine consecrârunt, eaque præcipuo religionis cultu prosecuti Phœnices, festos illis quoque dies longè celeberrimos dedicârunt. In quo quidem eximium illud fuit, quod regnum suorum nomina universi hujus elementis, ac quibusdam eorum quibus divinitatem ipsi tribuebant, imponerent. Naturales porrò deos, solem, lunam, reliquasque stellas inerrantes, cum elementis ac cæteris cum iisdem affinitate conjunctis, solos ex omnibus cognoscebant. EUSEB. Præpar. evang., lib. I, p. 52.

¹ *At illi omnium principes terræ germina consecrârunt, iisque deorum in loco habitis adorationis cultum tribuerunt. Inferiasque et libamina perfecerunt. EUSEB. ibid., cap. x. pág. 54.*

* Segun Aristóteles, Dios, semejante á un gran principe, no lo hace todo por si mismo; tiene ministros inferiores á él, á los cuales ha dado el gobierno de las cosas de aquí abajo. Como un monarca que, sin salir de su palacio, hace mover y obrar á sus oficiales, desde el primero hasta el último, en toda la extension de sus Estados, Dios, residiendo en el cielo, de donde no se aparta,

tenerlos propicios, á los genios que los alimentaban.

Diodoro distingue del mismo modo dos clases de dioses reconocidos por los antiguos; los unos inmortales é incorruptibles, tales como el sol, la luna, los vientos, los rios, etc.; los otros, de una naturaleza mortal, eran los bienhechores del género humano, á quienes erigia altares el reconocimiento público ¹.

Si se cree á Luciano ², fué en Egipto donde nació el culto de los dioses. Su religion no era mas que una confusion horrorosa de divinidades de toda especie, y de supersticiones extrava-

hace mover y obrar á aquellos á quienes ha confiado el gobierno de este mundo. (*De Mundo*, cap. VI.) Véase tambien ONAT., *ap. Stob. Ecl. phys.*, I, 16.—Esta misma es la doctrina de los Indios, de los Chinos, de los antiguos Persas, de los Guebros, de los Peruanos, en una palabra, de todas las naciones. PHILOST. *Vit. Apoll.*, lib. III, cap. II.—COUTO, *Decad.*, V, lib. VI, cap. IV.—ABR. ROGER, p. 158 y sig.—P. VISDEL. *Note manuscr. sur l'Y-King*.—ANQUETIL DU PERRON. *Mem. de l'Acad. des Inscript.*, t. LXIX, p. 498 y sig.—*Voyage d'Oléarius*, t. II, p. 213.—*Mémoires de l'Acad. des Inscript.*, t. LXXI, p. 581.

¹ DIOD., *apud Euseb., Præp. evang.* lib. II, c. III, p. 59.

² *De syrá Deá*, t. II, p. 636. Véase tambien MARSHAM, *Canon chronic.*, p. 54 y sig.

gantes ¹. Parece que el sabeismo dominaba allí desde su origen ². Vemos en Heródoto que el país estaba cubierto de templos erigidos á dioses humanos ³. El Egipto adoraba á sus reyes, aun en tanto que vivían ⁴; y mas ciego en sus pensamientos que muchos pueblos bárbaros, esta nacion sabia prostituía los honores divinos á los animales mas viles, ó mas bien á los espíritus que los animaban ⁵. Cada uno se escogía entre

¹ « La religion estaba allí muy complicada con otras. Desde los primeros siglos, el sabeismo formaba una gran parte de ella. » *Du culte des dieux félicies, ou parallèle de l'ancienne religion de l'Égypte avec la religion actuelle de Négritie, par le président de Brosses*, p. 255.

² MANETH., *apud Euseb. Præp. evang.*, lib. II, c. I, p. 45.

³ HERODOT., lib. II, cap. XCI, CXII, CXIII, CXVIII, CXIX.—*Hermes ipse... Deos Ægypti homines mortuos esse testatur. Cùm enim dixisset proavos suos.... invenisse artem quã efficerent Deos*. S. AUG., *De Civit. Dei*, lib. VIII, cap. XXVI.

⁴ Ὡς πρὸς ἀληθειαν ὄντας θεοῦς. DIOD., lib. I, p. 101.

⁵ *Quid igitur censes? Apin illum sanctum Ægyptiorum bovem, nonne deum videri Ægyptiis? Tàm herclè, quàm tibi illam nostram Sospitam, etc.* (CIC., *De nat. Deor.*, lib. I, cap. XXIX.)—HERODOT., lib. II, p. 128.—« Si la sequedad, » dice Plutarco, » causa en el país alguna enfermedad pestilencial, ó alguna otra grande calamidad, los sacerdotes egipcios toman en secreto por la noche el animal sagrado, y comienzan por hacerle lo primero fuertes amenazas; despues, si el mal continúa,

ellos un protector, al modo que los negros hacen sus fetiches del primer objeto que se les presenta. El animal sagrado embalsamado con esmero se enterraba en el sepulcro con su adorador, para que le defendiese de los malos genios, que se creía inquietaban las almas de los muertos¹. Se trataba de aplacar estos genios malhechores con oraciones y sacrificios, ó se buscaba contra ellos protectores entre los otros genios amigos de los hombres.

« Es una cosa universalmente reconocida, » dice un sabio ingles, « que la idolatría caldea, « llamada tambien el *sabeismo*, consistia en gran « parte, al menos en su origen, en el culto del « sol, la luna y las estrellas. Se creía que cada

« lo sacrifican y lo matan; lo que miran como un castigo del « mal demonio. » Ως δὴ τινα κόλασμον ἔντα τοῦ δαίμονος τούτου. (De Isid. et Osirid., Oper., t. II, p. 580.)—Los Chinos acostumbra hacer casi lo mismo: golpean á sus idolos, cuando tardan mucho en oír sus súplicas. P. LE CONTE, *Mém. de la Chine*, p. 102.

¹ KIRKER, *OEdip. Egypt.*—Sobre la antigua religion de Egipto. Véase DIODORO SIC., lib. I.—PAUSANIAS, lib. VII.—PLIN., *Hist. nat.*, lib. VIII. c. XLVI.—CLEM. ALEX., *Strom.*, lib. V.—JABLONSKI, *Pantheon Egypt.*—JAC. PERIZONIUS, *Egypt. origin.*

« uno de estos astros estaba animado por un al-
« ma, lo mismo que el cuerpo humano. Proba-
« bilisimamente se pensaba tambien que estaban
« habitados por las almas de los hombres ilus-
« tres; porque era una opinion generalmente
« recibida que ellas, despues de la muerte, vol-
« vian á los cielos, que eran su morada nativa¹. »
De aquí los diversos ritos que estaban en uso entre los paganos, para hacer bajar las almas de los astros, y atraerlas á las estatuas y simbolos que se les consagraba².

El sabeismo debió con especialidad extenderse por el Oriente entre pueblos nomados que, parecidos á los navegantes, se guiaban en aquellos llanos inmensos por la observacion de los astros, que un cielo sereno ofrecia constantemente á sus miradas. Este culto idolátrico parece haber te-

¹ *The general prevalence of the worship of human spirits, in the ancient heathen nations, asserted and proved; by Hugh Farmer*, p. 486. Véase tambien BRUCKER, *Hist. crit. philosoph.*, lib. II. c. v. p. 224.

² Véase HOTTINGER, *Hist. orient.*, lib. I. c. VII, p. 296 y sig. y las notas de Pococke sobre Abul-Faraj, *Specimen hist. arab.*, p. 158 y sig.

nido su origen en las orillas del Tigris y del Eufrates. Experimentó allí sucesivamente numerosas variaciones; y aun cuando se le encuentre en otras regiones, en aquella se presenta revestido de formas que se diferencian al infinito, según las ideas que le modificaron. Los Caldeos creían también la existencia de una multitud de espíritus criados por el Dios supremo ¹.

Los Persas sacrificaban al sol, á la luna, al fuego, al agua, á la tierra y á los vientos. «Antiguamente,» añade Heródoto, «no ofrecían sacrificios sino á estas divinidades; pero luego aprendieron de los Asirios y Arabes á sacrificar también á Venus-Urania, llamada por los Asirios Milita, por los Arabes Alita, y por los Persas Mitra ².»

Los escritores persas convienen en este punto

¹ *Innumeri dii, angeli, boni demones et mentes hominum.* CLERIC., *Philos. orient.*, lib. I, sec. II, cap. II. *Oper. phil.*, t. II, p. 488.

² *Θουούσι δὲ ἡλίῳ, κ. τ. λ.* (HERODOT., lib. I, cap. CXXXI.)—STRAB., lib. XV, p. 4064. Heródoto se engaña sobre la idea que los Persas tenían de Mitra. Por lo demás, los antiguos daban frecuentemente el mismo nombre á divinidades diferentes, lo que hace muy confusas sus teogonías.

con el historiador griego. «Los sectarios de «Mohabad ^{*},» dice el autor del *Dabistan*, «adoraban los planetas representados por imágenes de una naturaleza muy extraordinaria....» Observa que los planetas eran cuerpos de forma esférica, y que las figuras, cuyo pormenor describe, eran aquellas bajo de las cuales *las almas de estos astros* habían aparecido, en el mundo de la imaginación, á muchos santos profetas, ó filósofos. «Estas almas ó genios,» dice, «han tomado con frecuencia formas diferentes, conforme á las cuales se han hecho «diversas representaciones ¹.»

Los Persas tributaban también un culto á sus antiguos reyes ². Zoroastro abolió la antigua idolatría ³. Probó á volver á los hombres á la

^{*} O mas bien *Mahabad*, conforme á la ortografía original, muy á menudo alterada por los Ingleses que escriben los nombres extranjeros con arreglo á su pronunciación. *Mah-abad* significa el *gran Santo*. La voz *abad* tiene varios sentidos; se entiende del que ora, que *permanece* en el Señor.

¹ *Hist. de Perse, par sir John Malcolm.*, p. 273 y 276.

² NEWTON, *Short chronicle*, p. 40. *Chronol.*, p. 352.

³ D'HERBELOT, *Biblioth. orient.*, art. *Magius* y *Magiusi*, t. IV, p. 43.—El nombre de *Zerdusht* ó Zoroastro designa va-

religion del Dios supremo, que sus sectarios adoraban bajo el emblema del fuego. Para dar á sus leyes mas autoridad, quiso persuadir que estaba en comunicacion con las inteligencias celestes, y con los ángeles encargados de guardar los animales y elementos. El culto que estable-

rios pontifices-legisladores que han venido en épocas distintas. Pertenece á la misma clase que los nombres sagrados *Brahma*, *Manu*, *Brighu*, *Jina*, *Saca*, *Buddha*, *Gautama*, en la India y *Hermes*, *Thaut*, *That*, en los paises occidentales, etc. *Sarathraustes*, legislador de los Arimaspes, nacion de la Persia oriental, parece ser uno de los personajes que han sido en la mas remota antigüedad revestidos con el nombre de Zerdusht ó Zoroastro. Anquetil cree que el Zoroastro, autor de los libros llamados *Zends*, vivia en el siglo cuarto antes de Jesucristo. Este es el único punto que tiene por cierto. Véase su *Mém.* en *les Mémoires de l'Acad. des Inscript.*, tom. LXIX.

¹ Véase el *Zend-a-Vesta*. « La rebelion del espíritu de tinieblas, « rebelion cuya memoria se habia conservado mejor en Oriente « que en ninguna otra parte, ha dado lugar á lo que se ha dicho « de los combates de Oromaze y de Arimane, y el nombre de este « último expresa bien su naturaleza. » (*Traité hist. de la relig. des Perses*, par M. l'abbé Foucher. — *Mémoires de l'Acad. des Inscript.*, t. L, p. 224.) — Los Persas creian la existencia de una infinidad de espíritus buenos y malos; llaman á los primeros *Ferouers*, y á los otros *Deus*. Toda substancia creada y racional tiene un *Ferouer*. ANQUETIL DU PERRON. *Mém. de l'Acad. des Inscript.*, t. LXIX, p. 184.

« Los Parsis, » dice Mandesto, « creen que los genios subalter-

ció, corrompiéndose, vino á ser el origen de una nueva idolatría; y, diga lo que dijere el docto Hyde, parece cierto que, ni aun en su origen, estuvo enteramente libre de toda supersticion ¹.

« Los pueblos de la Tartaria reconocian un « Dios soberano del cielo, al cual no ofrecian ni « incienso ni oraciones. Su culto estaba reser- « vado para un tropel de genios, que ellos creian « estaban esparcidos por los aires, sobre la « tierra y en medio de las aguas ². »

Si consideramos ahora los antiguos pueblos de Europa, encontramos por todas partes el culto de los hombres muertos unido al culto de ciertas potencias invisibles de diversos órdenes, de divinidades celestes que presidian á los astros, y de divinidades terrestres, generalmente llamadas *demonios*, que gobernaban el mundo inferior.

« nos tienen un poder absoluto sobre las cosas cuya administra- « cion les ha confiado Dios; y he aqui, por que ellos no tienen « embarazo en adorarlos é invocarlos en sus necesidades, porque « están persuadidos que Dios nada niega á su intercesion. » *Voyage d'Oléarius*, trad. franç. in-4º, t. II, p. 213.

¹ *Hist. relig. veter. Persar.*

² Véanse los autores chinos, citados por Guignes. Abel Remusat y Klaproth.

Varron da á las primeras el nombre de *almas etereas*, y á las segundas el de *almas aereas* ¹. De este mismo modo las llama Platon en un pasage, en que las distingue clarisimamente del Dios supremo ². Tal era la religion de los Esci-

¹ *A summo circuitu cæli usque ad circumulum lunæ æthereæ animæ sunt astra et stellæ, iique cælestes dii non modo intelliguntur esse, sed etiam videntur. Inter lunæ verò gyrum et nimborum ac ventorum cacumina, æreæ sunt animæ; sed ex animo, non oculis, videntur; et vocantur heroes, et lares, et genii.* VARR., lib. XVI, apud S. August., de Civitate Dei, lib. VII, cap. VI.

² Θεοὶ γὰρ δὴ τοὺς ὄρατους, κ. τ. λ. — *Visibles itaque deos maximos, summoperèque honorandos, acutissimèque undiquè cuncta videntes, ac primos, naturam astrorum et quæ cum astris facta sentimus, fatendum. Deinceps verò sub hos dæmones, genus aereum, in tertiâ mediâque regione, qui interpretationis causa sunt, collocatos, orationibus colere, gratiâ laudabilis intercessionis, interpretationisque, debemus. Horum quidem duorum animalium alterum ex æthere, alterum deinceps ex aere est; ac neutrum conspici totum potest: sed quamvis hi dæmones propè nos sint, nunquàm tamen manifestè nobis apparent. Prudentiæ mirabilis participes sunt; acuto quippè ingenio, tenacique memoriâ cogitationes nostras omnes cognoscunt. Honestos, bonosque homines mirificè diligunt, improbos vehementer oderunt, utpotè qui doloris participes sunt. Sed Deus, qui divinam sortem perfectè possidet, à doloribus voluptatibusque liber, sapientiâ cognitioneque penitis fruitur.* PLAT., *Epinomis*, Oper., t. IX, p. 253, 260. Edic. Bipont.

tas ¹, de los Tracios ², de los Getas ³, de los Masagetas ⁴, de los Godos ⁵, de los Germanos ⁶, de los Celtas ⁷, de los Iberos y Celtiberos ⁸, de los Helenos, y de los primeros habitantes de la Italia ⁹. Cada uno de estos pueblos tenia sus

¹ HERODOT., lib. IV. — LUCIAN., *Oper.*, t. I, p. 592 y sig., t. II, p. 745. — TERTUL., *De Animâ*, cap. II.

² HERODOT., lib. V, c. VII. — LUCIAN., t. II, p. 452. — PROTH., *Bibliot.* XLV. — EPIPHAN., *De Hæres.*, lib. I, p. 8.

³ HERODOT., lib. IV, c. XCIV. — PLAT., *Charmid.*, t. II, p. 457. E. I. H. Stephan. — STRAB., lib. VII. — DIOGEN. LAERT., *Vit. Pythag.*, lib. VIII., § 2. — JAMBlich, c. XXX.

⁴ HERODOT., lib. I, c. CCXII. — BLACKWELL'S *Mytholog.*, p. 275.

⁵ JORNANDES, *De Rebus gothicis*. — OLAUS-MAGNUS, *Hist. de gentib. septentrional.* — ADAM BREMENS., *De Suenonibus*. — GROTIUS, *Prolegom. Hist. goth. et vandal.* — *Ancien. univer. hist.*, vol. XIX, p. 265. Edic. 1748.

⁶ CÆSAR, *De Bello gallic.*, lib. VI, c. XX. — TACIT., *De Morib. german.* — SCHEDIUS, *De Diis german.*

⁷ CÆSAR, *De Bello gallic.*, lib. VI. — DIODOR. SICUL., lib. V, p. 534. Ed. Wesseling. — STRAB., lib. IV, p. 505. — PELLOUTIER, *Hist. des Celtes*. — BORLASE'S *Antiquities of Cornwall*, lib. I. — WHITAKER'S *Hist. of Manchester*, vol. II.

⁸ STRAB., lib. III. — MACROB., *Saturn.*, lib. I, cap. XIX.

⁹ Véanse los mitologistas, Bryant, Faber, Blackwell, Pluche, Banier, Guerin du Rocher; *les Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, y la obra titulada: *L'Italia avanti il dominio dei Romani*, por M. José Micali.

dioses propios * y sus ritos particulares; pero los objetos de su culto eran siempre los espíritus encargados de la administración del universo, y las almas de los muertos. Por lo demás este culto variaba incesantemente, como se ve con particularidad entre los Griegos y Romanos. Se abandonaban los dioses antiguos, y se adoptaban nuevos, á gusto de la imaginación de los poetas, y según los caprichos de la superstición. Las fábulas se mezclaban con otras nuevas fábulas. En los diversos países, y en el mismo país en diversas épocas, los mismos nombres no anunciaban las mismas ideas. Así el culto del sol, que, en la Caldea, se dirigía á la inteligencia celeste que se creía animaba este astro, no era en Roma y en Grecia mas que el culto de una divinidad humana ó de Apolo †.

* Los Romanos dieron el nombre de sus dioses á las divinidades de los otros pueblos, lo que ha introducido una grande confusión en lo que ellos dicen de los cultos extrangeros.

† CICER. *De nat. Deor.*, lib. III, cap. XX. — SCHEDIUS, *De Diis German.* p. 94. — « Los Griegos se entregaron muy pronto al culto de los héroes y de las estatuas. Este nuevo culto absorbió de tal modo el antiguo en la mayor parte de las regiones occidentales, que los astros y elementos no eran ya honrados, sino

Hoy se componen de las diversas idolatrías que sucesivamente han reinado en la India, y de muchos dogmas cristianos desfigurados, las religiones del Indostan, de la Tartaria, del Tibet, de Tonquin, de la China y de las islas adyacentes. No es posible dudar que el Cristianismo penetró desde los primeros siglos hasta las extremidades del Asia †. Algo mas tarde los nestorianos lo llevaron de nuevo; otros sectarios les

« como personificados con algun genio ó algun héroe célebre. » (*Mémoires de l'Acad. des Inscript.*, t. XLII, p. 179.) — M. Cuvier hace la misma observación. « Los Griegos, » dice, « á quienes vino la civilización de Fenicia y de Egipto, y tan tarde, mezclaron las mitologías fenicias y egipcias, de las cuales se les habian dado nociones confusas, con los rasgos no menos confusos de su primera historia. El sol personificado, llamado *Ammon* ó el *Júpiter* de Egipto, se convirtió en un príncipe de Creta; el *Phtha*, ó artífice de todas las cosas, fué el *Hephestus* ó *Vulcano*, un herrero de Lemnos; el *Cham*, otro símbolo del sol ó la fuerza divina, se transformó en un héroe tebano robusto, su *Heracles* ó *Hércules*; el cruel *Moloch* de los Fenicios, el *Remfalo* de los Egipcios fué el *Chronos* ó el *Tiempo* que devoraba sus hijos, y en seguida *Saturno*, rey de Italia. » *Recherches sur les ossemens fossiles des quadrupèdes*, Disc. prelim.

† P. Ant. Andrade, citado por LA CROZE, *Hist. christ. Indiar.*, lib. VI, p. 313. — ASSEMANI, *Bibliot. orient.*, t. III, part. II. — ABULFARAGE, tom. II. — DE GUIGNES, *Chorograph.*, cap. I, art. I. *Ibid.* *Hist. des Huns*, tom. I, part. II, lib. III, p. 225 á 238. —